El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*

Federico Engels

[...]

IX

Barbarie y civilización

Ya hemos seguido el curso de la disolución de la gens en los tres grandes ejemplos particulares de los griegos, los romanos y los germanos. Para concluir, investiguemos las condiciones económicas generales que en el estadio superior de la barbarie minaban ya la organización gentil de la sociedad y la hicieron desaparecer con la entrada en escena de la civilización. *El capital* de Marx nos será tan necesario aquí como el libro de Morgan.[1]

Nacida la gens en el estadio medio y desarrollada en el estadio superior del salvajismo, según nos lo permiten juzgar los documentos de que disponemos, alcanzó su época más floreciente en el estadio inferior de la barbarie. Por tanto, este grado de evolución es el que tomaremos como punto de partida.

Aquí, donde los pieles rojas de América deben servirnos de ejemplo, encontraremos completamente desarrollada la constitución gentilicia. Una tribu se divide en varias gens; por lo común en dos; al aumentar la población,

* Texto redactado por Engels en 1884. (*N. del E.*).

cada una de estas gens primitivas se
las cuales la gens madre aparece com
en varias tribus, donde encontramos,
guas gens; una confederación, por lo
las tribus emparentadas. Esta sencilla
a las condiciones sociales que la han en
miento espontáneo; es apta para allana
cer en el seno de una sociedad así org
resuelve la guerra, que puede aniquil
grandeza del régimen de la gens, pero
no tienen cabida la dominación ni la s
aún diferencia entre derechos y debere
de saber si es un derecho o un deber t
sumarse a una venganza de sangre o ac
selo le parecería tan absurdo como pre
un deber o un derecho. Tampoco puede
gens en clases distintas. Y esto nos cond
de este orden de cosas.

La población está en extremo espaci
residencia de la tribu, alrededor del cual
torio para la caza; luego viene la zona ne
para de otras tribus. La división del trab
existe entre los dos sexos. El hombre va
la pesca, procura las materias primas pa
necesarios para dicho propósito. La muje
da y hace los vestidos: guisa, hila y cose.
el hombre en la selva, la mujer en la ca
instrumentos que elabora y usa: el homb
de caza y pesca; la mujer, de sus trabajos
comunista, común para varias y a menud
hace y se utiliza en común es de propied
canoas. Aquí, y solo aquí, es donde existe
trabajo personal» que los jurisconsultos y
ciedad civilizada y que es el último subte
hoy la propiedad capitalista.

ia, la propiedad privada
Estado*

ico Engels

IX

/ civilización

solución de la gens en los tres grandes
, los romanos y los germanos. Para con-
económicas generales que en el estadio
a organización gentil de la sociedad y la
en escena de la civilización. *El capital* de
no el libro de Morgan.[1]
io y desarrollada en el estadio superior
:en juzgar los documentos de que dis-
eciente en el estadio inferior de la bar-
ıción es el que tomaremos como punto

mérica deben servirnos de ejemplo, en-
llada la constitución gentilicia. Una tri-
mún en dos; al aumentar la población,

N. del E.).

cada una de estas gens primitivas se segmenta en varias gens hijas, para las cuales la gens madre aparece como fratria; la tribu misma se subdivide en varias tribus, donde encontramos, en la mayoría de los casos, las antiguas gens; una confederación, por lo menos en ciertas ocasiones, enlaza a las tribus emparentadas. Esta sencilla organización responde por completo a las condiciones sociales que la han engendrado. No es más que un agrupamiento espontáneo; es apta para allanar todos los conflictos que pueden nacer en el seno de una sociedad así organizada. Los conflictos exteriores los resuelve la guerra, que puede aniquilar a la tribu, pero no avasallarla. La grandeza del régimen de la gens, pero también su limitación, es que en ella no tienen cabida la dominación ni la servidumbre. En el interior, no existe aún diferencia entre derechos y deberes; para el indio no existe el problema de saber si es un derecho o un deber tomar parte en los negocios sociales, sumarse a una venganza de sangre o aceptar una compensación; el planteárselo le parecería tan absurdo como preguntarse si comer, dormir o cazar es un deber o un derecho. Tampoco puede haber allí división de la tribu o de la gens en clases distintas. Y esto nos conduce al examen de la base económica de este orden de cosas.

La población está en extremo espaciada, y solo es densa en el lugar de residencia de la tribu, alrededor del cual se extiende en vasto círculo el territorio para la caza; luego viene la zona neutral del bosque protector que la separa de otras tribus. La división del trabajo es en absoluto espontánea: solo existe entre los dos sexos. El hombre va a la guerra, se dedica a la caza y a la pesca, procura las materias primas para el alimento y produce los objetos necesarios para dicho propósito. La mujer cuida de la casa, prepara la comida y hace los vestidos: guisa, hila y cose. Cada uno es el amo en su dominio: el hombre en la selva, la mujer en la casa. Cada uno es propietario de los instrumentos que elabora y usa: el hombre de sus armas, de sus pertrechos de caza y pesca; la mujer, de sus trabajos caseros. La economía doméstica es comunista, común para varias y a menudo para muchas familias. Lo que se hace y se utiliza en común es de propiedad común: la casa, los, huertos, las canoas. Aquí, y solo aquí, es donde existe realmente «la propiedad fruto del trabajo personal» que los jurisconsultos y los economistas atribuyen a la sociedad civilizada y que es el último subterfugio jurídico en el cual se apoya hoy la propiedad capitalista.

Pero no en todas partes se detuvieron los hombres en esta etapa. En Asia encontraron animales que se dejaron primero domesticar y después criar. Antes había que ir de caza para apoderarse de la hembra del búfalo salvaje; ahora, domesticada, esta hembra suministraba cada año una cría y, por añadidura, leche. Ciertas tribus de las más adelantadas —los arios, los semitas y quizás los turanios—, hicieron de la domesticación y después de la cría y cuidado del ganado su principal ocupación. Las tribus de pastores se destacaron del resto de la masa de los bárbaros. Esta fue *la primera gran división social del trabajo*. Las tribus pastoriles, no solo produjeron muchos más, sino también otros víveres que el resto de los bárbaros. Tenían sobre ellos la ventaja de poseer más leche, productos lácteos y carne; además, disponían de pieles, lanas, pelo de cabra, así como de hilos y tejidos, cuya cantidad aumentaba con la masa de las materias primas. Así fue posible, por primera vez, establecer un intercambio regular de productos. En los estadios anteriores no puede haber sino cambios accidentales. Verdad es que una particular habilidad en la fabricación de las armas y de los instrumentos puede producir una división transitoria del trabajo. Así, se han encontrado en muchos sitios restos de talleres, para fabricar instrumentos de sílice, procedentes de los últimos tiempos de la Edad de Piedra. Los artífices que ejercitaban en ellos su habilidad debieron de trabajar por cuenta de la colectividad, como todavía lo hacen los artesanos en las comunidades gentilicias de la India. En todo caso, en esta fase del desarrollo solo podía haber cambio en el seno mismo de la tribu, y aun eso con carácter excepcional. Pero en cuanto las tribus pastoriles se separaron del resto de los salvajes, encontramos enteramente formadas las condiciones necesarias para el cambio entre los miembros de tribus diferentes y para el desarrollo y consolidación del cambio como una institución regular. Al principio, el cambio se hizo de tribu a tribu, por mediación de los jefes de las gens; pero cuando los rebaños empezaron poco a poco a ser propiedad privada, el cambio entre individuos fue predominando más y más y acabó por ser la forma única. El principal artículo que las tribus de pastores ofrecían en cambio a sus vecinos era el ganado; este llegó a ser la mercancía que valoraba a todas las demás y se aceptaba con mucho gusto en todas partes a cambio de ellas; en una palabra, el ganado desempeñó las funciones de dinero y sirvió como tal ya en aquella época. Con esa rapidez y

precisión se desarrolló, desde el com
la necesidad de una mercancía que s

El cultivo de los huertos, probabl
asiáticos del estadio inferior, aparec
estadio medio, como precursor de la
ránicas no permite la vida pastoril sin
rigurosa invernada. Así, pues, era una
tense y de cereales. Lo mismo puede
del Mar Negro. Pero si al principio se
tardó en llegar a ser también un alime
continuó siendo propiedad de la tribu
a la gens, después a las comunidades
duos. Estos debieron tener ciertos dere

Entre los descubrimientos industria
tísimos. El primero es el telar y el seg
labrado de los metales. El cobre, el es
dos primeros, eran con mucho los más
instrumentos y armas, pero estos no p
solo le era posible al hierro, pero aún n
plata comenzaron a emplearse en alhaja
zaron un valor muy elevado con relació

A consecuencia del desarrollo de toc
nadería, agricultura, oficios manuales d
hombre iba haciéndose capaz de crear
para su sostenimiento. También aumen
día diariamente a cada miembro de la
de la familia aislada. Era ya conveniente
la guerra la suministró: los prisioneros
Dadas todas las condiciones históricas
división social del trabajo, al aumentar
consiguiente la riqueza, y al extender el
tenía que traer consigo necesariamente la
visión social del trabajo nació la primera
clases: señores y esclavos, explotadores y

tuvieron los hombres en esta etapa. En Asia
jaron primero domesticar y después criar.
apoderarse de la hembra del búfalo salva-
bra suministraba cada año una cría y, por
de las más adelantadas —los arios, los se-
ieron de la domesticación y después de la
ıcipal ocupación. Las tribus de pastores se
e los bárbaros. Esta fue *la primera gran divi-*
astoriles, no solo produjeron muchos más,
resto de los bárbaros. Tenían sobre ellos la
ductos lácteos y carne; además, disponían
sí como de hilos y tejidos, cuya cantidad
erias primas. Así fue posible, por primera
ular de productos. En los estadios anterio-
ıccidentales. Verdad es que una particular
armas y de los instrumentos puede pro-
rabajo. Así, se han encontrado en muchos
ar instrumentos de sílice, procedentes de
e Piedra. Los artífices que ejercitaban en
ajar por cuenta de la colectividad, como
ıs comunidades gentilicias de la India. En
o solo podía haber cambio en el seno mis-
ter excepcional. Pero en cuanto las tribus
e los salvajes, encontramos enteramente
ıs para el cambio entre los miembros de
lo y consolidación del cambio como una
cambio se hizo de tribu a tribu, por me-
o cuando los rebaños empezaron poco a
ıbio entre individuos fue predominando
única. El principal artículo que las tribus
ıs vecinos era el ganado; este llegó a ser
s demás y se aceptaba con mucho gusto
ı una palabra, el ganado desempeñó las
l ya en aquella época. Con esa rapidez y

precisión se desarrolló, desde el comienzo mismo del cambio de mercancías, la necesidad de una mercancía que sirviese de dinero.

El cultivo de los huertos, probablemente desconocido para los bárbaros asiáticos del estadio inferior, apareció entre ellos mucho más tarde, en el estadio medio, como precursor de la agricultura. El clima de las mesetas turánicas no permite la vida pastoril sin provisiones de forraje para una larga y rigurosa invernada. Así, pues, era una condición allí necesaria el cultivo pratense y de cereales. Lo mismo puede decirse de las estepas situadas al norte del Mar Negro. Pero si al principio se recolectó el grano para el ganado, no tardó en llegar a ser también un alimento para el hombre. La tierra cultivada continuó siendo propiedad de la tribu y se entregaba en usufructo primero a la gens, después a las comunidades de familias y, por último, a los individuos. Estos debieron tener ciertos derechos de posesión, pero nada más.

Entre los descubrimientos industriales de ese estadio, hay dos importantísimos. El primero es el telar y el segundo, la fundición de minerales y el labrado de los metales. El cobre, el estaño y el bronce, combinación de los dos primeros, eran con mucho los más importantes; el bronce suministraba instrumentos y armas, pero estos no podían sustituir a los de piedra. Esto solo le era posible al hierro, pero aún no se sabía cómo obtenerlo. El oro y la plata comenzaron a emplearse en alhajas y adornos, y probablemente alcanzaron un valor muy elevado con relación al cobre y al bronce.

A consecuencia del desarrollo de todos los ramos de la producción —ganadería, agricultura, oficios manuales domésticos—, la fuerza de trabajo del hombre iba haciéndose capaz de crear más productos que los necesarios para su sostenimiento. También aumentó la suma de trabajo que correspondía diariamente a cada miembro de la gens, de la comunidad doméstica o de la familia aislada. Era ya conveniente conseguir más fuerza de trabajo, y la guerra la suministró: los prisioneros fueron transformados en esclavos. Dadas todas las condiciones históricas de aquel entonces la primera gran división social del trabajo, al aumentar la productividad del trabajo, y por consiguiente la riqueza, y al extender el campo de la actividad productora, tenía que traer consigo necesariamente la esclavitud. De la primera gran división social del trabajo nació la primera gran escisión de la sociedad en dos clases: señores y esclavos, explotadores y explotados.

Nada sabemos hasta ahora acerca de cuándo y cómo pasaron los rebaños de propiedad común de la tribu o de la gens a ser patrimonio de las distintas cabezas de familia; pero, en lo esencial, ello debió de acontecer en ese estadio. Y con la aparición de los rebaños y las demás riquezas nuevas, se produjo una revolución en la familia. La industria había sido siempre asunto del hombre; los medios necesarios para ella eran producidos por él y propiedad suya. Los rebaños constituían la nueva industria; su domesticación al principio y su cuidado después, eran obra del hombre. Por eso el ganado le pertenecía, así como las mercancías y los esclavos que obtenía a cambio de él. Todo el excedente que dejaba ahora la producción pertenecía al hombre; la mujer participaba en su consumo, pero no tenía ninguna participación en su propiedad. El «salvaje», guerrero y cazador, se había conformado con ocupar en la casa el segundo lugar, después de la mujer; el pastor, «más dulce», engreído de su riqueza, se puso en el primer lugar y relegó al segundo a la mujer. Y ella no podía quejarse. La división del trabajo en la familia había sido la base para distribuir la propiedad entre el hombre y la mujer. Esta división del trabajo continuaba siendo la misma, pero ahora trastornaba por completo las relaciones domésticas existentes por la mera razón de que la división del trabajo fuera de la familia había cambiado. La misma causa que había asegurado a la mujer su anterior supremacía en la casa —su ocupación exclusiva en las labores domésticas—, aseguraba ahora la preponderancia del hombre en el hogar: el trabajo doméstico de la mujer perdía ahora su importancia comparado con el trabajo productivo del hombre; este trabajo lo era todo; aquel, un accesorio insignificante. Esto demuestra ya que la emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado. La emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando esta puede participar en gran escala, en escala social, en la producción y el trabajo doméstico no le ocupa sino un tiempo insignificante. Esta condición solo puede realizarse con la gran industria moderna, que no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige y tiende más y más a transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública.

La supremacía efectiva del hombre en la casa había hecho caer los postreros obstáculos que se oponían a su poder absoluto. Este poder absoluto lo

consolidaron y eternizaron la caída d
derecho paterno y el paso gradual de
mia. Pero esto abrió también una brec
milia particular llegó a ser potencia y

El progreso más inmediato nos co
rie, período en que todos los pueblos
edad de la espada de hierro, pero tar
Al poner este metal a su servicio, el
más importante de las materias prim
papel revolucionario; la última sin co
agricultura en grandes áreas, el desm
váticas; dio al artesano un instrument
piedra y ningún otro metal de los con
acaeció poco a poco; el primer hierro
bronce. Por eso el arma de piedra fue
en el canto de Hildebrando, sino tamb
aparecen en el combate las hachas de
tenible, menos intermitente y más ráp
su recinto de murallas, torres y almen
o de ladrillo, se hizo la residencia centr
tribus. Fue esto un progreso considera
una señal de peligro creciente y de nece
taba con rapidez, pero bajo la forma de
labrado de los metales y los otros ofici
ron una variedad y una perfección cre
empezó a suministrar, además de gran
cuya preparación se había aprendido.
ya cumplido por un solo individuo y s
trabajo: los oficios se separaron de la agr
la producción, y con ella de la product
de la fuerza de trabajo del hombre; la e
esporádico en el anterior estadio, se co
sistema social. Los esclavos dejaron de
por decenas a trabajar en los campos o
ducción en las dos ramas principales –

:ca de cuándo y cómo pasaron los rebaños
de la gens a ser patrimonio de las distin-
) esencial, ello debió de acontecer en ese
rebaños y las demás riquezas nuevas, se
lia. La industria había sido siempre asun-
os para ella eran producidos por él y pro-
ían la nueva industria; su domesticación
eran obra del hombre. Por eso el ganado
cías y los esclavos que obtenía a cambio
ı ahora la producción pertenecía al hom-
ısumo, pero no tenía ninguna participa-
guerrero y cazador, se había conformado
gar, después de la mujer; el pastor, «más
uso en el primer lugar y relegó al segun-
rse. La división del trabajo en la familia
propiedad entre el hombre y la mujer.
siendo la misma, pero ahora trastornaba
cas existentes por la mera razón de que
milia había cambiado. La misma causa
nterior supremacía en la casa —su ocu-
ésticas—, aseguraba ahora la preponde-
ajo doméstico de la mujer perdía ahora
bajo productivo del hombre; este traba-
ısignificante. Esto demuestra ya que la
lad con el hombre son y seguirán sien-
excluida del trabajo productivo social y
o, que es un trabajo privado. La eman-
ble sino cuando esta puede participar
producción y el trabajo doméstico no
e. Esta condición solo puede realizarse
solamente permite el trabajo de la mu-
xige y tiende más y más a transformar
dustria pública.
e en la casa había hecho caer los pos-
oder absoluto. Este poder absoluto lo

consolidaron y eternizaron la caída del derecho materno, la introducción del derecho paterno y el paso gradual del matrimonio sindiásmico a la monogamia. Pero esto abrió también una brecha en el orden antiguo de la gens: la familia particular llegó a ser potencia y se alzó amenazadora frente a la gens.

El progreso más inmediato nos conduce al estadio superior de la barbarie, período en que todos los pueblos civilizados pasan su época heroica: la edad de la espada de hierro, pero también del arado y del hacha de hierro. Al poner este metal a su servicio, el hombre se hizo dueño de la última y más importante de las materias primas que representaron en la historia un papel revolucionario; la última sin contar la patata. El hierro hizo posible la agricultura en grandes áreas, el desmonte de las más extensas comarcas selváticas; dio al artesano un instrumento de una dureza y un filo que ninguna piedra y ningún otro metal de los conocidos entonces podía tener. Todo esto acaeció poco a poco; el primer hierro era aún a menudo más blando que el bronce. Por eso el arma de piedra fue desapareciendo con lentitud; no solo en el canto de Hildebrando, sino también en la batalla de Hastings, en 1066, aparecen en el combate las hachas de piedra. Pero el progreso era ya incontenible, menos intermitente y más rápido. La ciudad, encerrando dentro de su recinto de murallas, torres y almenas de piedra, casas también de piedra o de ladrillo, se hizo la residencia central de la tribu o de la confederación de tribus. Fue esto un progreso considerable en la arquitectura, pero también una señal de peligro creciente y de necesidad de defensa. La riqueza aumentaba con rapidez, pero bajo la forma de riqueza individual; el arte de tejer, el labrado de los metales y los otros oficios, cada vez más especializados, dieron una variedad y una perfección creciente a la producción; la agricultura empezó a suministrar, además de grano, legumbres y frutas, aceites y vino, cuya preparación se había aprendido. Un trabajo tan variado no podía ser ya cumplido por un solo individuo y se produjo *la segunda gran división del trabajo*: los oficios se separaron de la agricultura. El constante crecimiento de la producción, y con ella de la productividad del trabajo, aumentó el valor de la fuerza de trabajo del hombre; la esclavitud, aún en estado naciente y esporádico en el anterior estadio, se convirtió en un elemento esencial del sistema social. Los esclavos dejaron de ser simples auxiliares y los llevaban por decenas a trabajar en los campos o en los talleres. Al escindirse la producción en las dos ramas principales —la agricultura y los oficios manua-

les—, nació la producción directa para el cambio, la producción mercantil, y con ella el comercio, no solo en el interior y en las fronteras de la tribu, sino también por mar. Todo esto tenía aún muy poco desarrollo. Los metales preciosos empezaban a convertirse en la mercancía moneda, dominante y universal; sin embargo, no se acuñaban aún y solo se cambiaban al peso.

La diferencia entre ricos y pobres se sumó a la existencia entre libres y esclavos; de la nueva división del trabajo resultó una nueva escisión de la sociedad en clases. La desproporción de bienes de los distintos cabezas de familia destruyó las antiguas comunidades comunistas domésticas en todas partes donde se habían mantenido hasta entonces; con ello se puso fin al trabajo en común de la tierra por cuenta de dichas comunidades. El suelo cultivable se distribuyó entre las familias particulares; al principio de un modo temporal y más tarde para siempre; el paso a la propiedad privada completa se realizó poco a poco, paralelamente al tránsito del matrimonio sindiásmico a la monogamia. La familia individual empezó a convertirse en la unidad económica de la sociedad.

La creciente densidad de la población requirió lazos más estrechos en el interior y frente al exterior: la confederación de tribus consanguíneas llegó a ser en todas partes una necesidad, como lo fue muy pronto su fusión y la reunión de los territorios de las distintas tribus en el territorio común del pueblo. El jefe militar del pueblo —*rex, basileus, thiudans*— llegó a ser un funcionario indispensable y permanente. La asamblea del pueblo se creó allí donde aún no existía. El jefe militar, el consejo y la asamblea del pueblo constituían los órganos de la democracia militar salida de la sociedad gentilicia. Y esta democracia era militar porque la guerra y la organización para la guerra constituían ya funciones regulares de la vida del pueblo. Los bienes de los vecinos excitaban la codicia de los pueblos, para quienes la adquisición de riquezas era ya uno de los primeros fines de la vida. Eran bárbaros: el saqueo les parecía más fácil y hasta más honroso que el trabajo productivo. La guerra, hecha anteriormente solo para vengar la agresión o con el fin de extender un territorio que había llegado a ser insuficiente, se libraba ahora sin más propósito que el saqueo y se convirtió en una industria permanente. Por algo se alzaban amenazadoras las murallas alrededor de las nuevas ciudades fortificadas: sus fosos eran la tumba de la gens y sus torres alcanzaban ya la civilización. En el interior ocurrió lo mismo. Las

guerras de rapiña aumentaban el po
de los jefes inferiores; la elección hab
familias, sobre todo desde que se hubo
poco a poco a ser sucesión hereditaria
pués y usurpada por último; con ello
quía y de la nobleza hereditaria. Así lo
licia fueron rompiendo con las raíces
la fratria y en la tribu, con lo que todo
su contrario: de una organización de
propios asuntos, se trocó en una orga
vecinos; con arreglo a esto, sus organi
voluntad del pueblo y se convirtieron
dominar y oprimir al propio pueblo. Es
dido afán de riquezas no hubiese divid
y pobres, «si la diferencia de bienes en
transformado la comunidad de interes
de la gens» (Marx) y si la extensión de
hacer considerar el hecho de ganarse l
acto digno tan solo de un esclavo y má

* *

Henos ya en los umbrales de la civiliz
greso de la división del trabajo. En el
producían sino directamente para satis
cos actos de cambio que se efectuaban
excedentes obtenidos por casualidad. E
contramos ya en los pueblos pastores
que, si los rebaños son suficientemente
un excedente sobre el consumo propio
división del trabajo entre los pueblos pa
ño; y de ahí dos grados de producción d
las condiciones para un cambio regul
introduce una división más grande aún
oficios manuales; y de ahí la producció

ara el cambio, la producción mercantil, y
ıterior y en las fronteras de la tribu, sino
aún muy poco desarrollo. Los metales
en la mercancía moneda, dominante y
.ban aún y solo se cambiaban al peso.
es se sumó a la existencia entre libres y
:rabajo resultó una nueva escisión de la
ón de bienes de los distintos cabezas de
ıidades comunistas domésticas en todas
ıasta entonces; con ello se puso fin al tra-
ta de dichas comunidades. El suelo cul-
as particulares; al principio de un modo
el paso a la propiedad privada completa
te al tránsito del matrimonio sindiásmi-
dual empezó a convertirse en la unidad

·lación requirió lazos más estrechos en
federación de tribus consanguíneas lle-
lad, como lo fue muy pronto su fusión
; distintas tribus en el territorio común
.o —*rex, basileus, thiudans*— llegó a ser
ıanente. La asamblea del pueblo se creó
litar, el consejo y la asamblea del pue-
·mocracia militar salida de la sociedad
itar porque la guerra y la organización
ıes regulares de la vida del pueblo. Los
odicia de los pueblos, para quienes la
de los primeros fines de la vida. Eran
ácil y hasta más honroso que el trabajo
·rmente solo para vengar la agresión o
[ue había llegado a ser insuficiente, se
el saqueo y se convirtió en una indus-
amenazadoras las murallas alrededor
sus fosos eran la tumba de la gens y
)n. En el interior ocurrió lo mismo. Las

guerras de rapiña aumentaban el poder del jefe militar superior, como el de los jefes inferiores; la elección habitual de sus sucesores en las mismas familias, sobre todo desde que se hubo introducido el derecho paterno, pasó poco a poco a ser sucesión hereditaria, tolerada al principio, reclamada después y usurpada por último; con ello se echaron los cimientos de la monarquía y de la nobleza hereditaria. Así los organismos de la constitución gentilicia fueron rompiendo con las raíces que tenían en el pueblo, en la gens, en la fratria y en la tribu, con lo que todo el régimen gentilicio se transformó en su contrario: de una organización de tribus para la libre regulación de sus propios asuntos, se trocó en una organización para saquear y oprimir a los vecinos; con arreglo a esto, sus organismos dejaron de ser instrumento de la voluntad del pueblo y se convirtieron en organismos independientes para dominar y oprimir al propio pueblo. Esto nunca hubiera sido posible si el sórdido afán de riquezas no hubiese dividido a los miembros de la gens en ricos y pobres, «si la diferencia de bienes en el seno de una misma gens no hubiese transformado la comunidad de intereses en antagonismo entre los miembros de la gens» (Marx) y si la extensión de la esclavitud no hubiese comenzado a hacer considerar el hecho de ganarse la vida por medio del trabajo como un acto digno tan solo de un esclavo y más deshonroso que la rapiña.

* * *

Henos ya en los umbrales de la civilización, que se inicia por un nuevo progreso de la división del trabajo. En el estadio más inferior, los hombres no producían sino directamente para satisfacer sus propias necesidades; los pocos actos de cambio que se efectuaban eran aislados y solo tenían por objeto excedentes obtenidos por casualidad. En el estadio medio de la barbarie, encontramos ya en los pueblos pastores una propiedad en forma de ganado, que, si los rebaños son suficientemente grandes, suministra con regularidad un excedente sobre el consumo propio; al mismo tiempo encontramos una división del trabajo entre los pueblos pastores y las tribus atrasadas, sin rebaño; y de ahí dos grados de producción diferentes uno junto a otro y, por tanto, las condiciones para un cambio regular. El estadio superior de la barbarie introduce una división más grande aún del trabajo: entre la agricultura y los oficios manuales; y de ahí la producción cada vez mayor de objetos fabrica-

dos directamente para el cambio y la elevación del cambio entre productores individuales a la categoría de necesidad vital de la sociedad. La civilización consolida y aumenta todas estas divisiones del trabajo ya existentes, sobre todo acentuando el contraste entre la ciudad y el campo (lo cual permite a la ciudad dominar económicamente al campo, como en la antigüedad, o al campo dominar económicamente a la ciudad, como en la Edad Media), y añade una tercera división del trabajo, propia de ella y de capital importancia, creando una clase que no se ocupa de la producción, sino únicamente del cambio de los productos: los *mercaderes*. Hasta aquí solo la producción había determinado los procesos de formación de clases nuevas; las personas que tomaban parte en ella se dividían en directores y ejecutores o en productores en grande y en pequeña escala. Ahora aparece por primera vez una clase que, sin tomar la menor parte en la producción, sabe conquistar su dirección general y avasallar económicamente a los productores; una clase que se convierte en el intermediario indispensable entre cada dos productores y los explota a ambos. So pretexto de desembarazar a los productores de las fatigas y los riesgos del cambio, de extender la salida de sus productos hasta los mercados lejanos y llegar a ser así la clase más útil de la población, se forma una clase de parásitos, una clase de verdaderos gorrones de la sociedad, que como compensación por servicios en realidad muy mezquinos se lleva la nata de la producción patria y extranjera, amasa rápidamente riquezas enormes y adquiere una influencia social proporcionada a estas y, por eso mismo, durante el período de la civilización, va ocupando una posición más y más honorífica y logra un dominio cada vez mayor sobre la producción, hasta que acaba por dar a luz un producto propio: las crisis comerciales periódicas.

Verdad es que en el grado de desarrollo que estamos analizando, la naciente clase de los mercaderes no sospechaba aún las grandes cosas a que estaba destinada. Pero se formó y se hizo indispensable, y esto fue suficiente. Con ella apareció el *dinero metálico*, la moneda acuñada, nuevo medio para que el no productor dominara al productor y a su producción. Se había hallado la mercancía por excelencia, que encierra en estado latente todas las demás, el medio mágico que puede transformarse a voluntad en todas las cosas deseables y deseadas. Quien la poseía era dueño del mundo de la producción. ¿Y quién la poseyó antes que todos? El mercader. En sus manos, el culto del dinero estaba bien seguro. El mercader se cuidó de escla-

recer que todas las mercancías, y co
prosternarse ante el dinero. Probó de
más formas de la riqueza no eran sino
de riqueza como tal. De entonces acá,
dinero con tal brutalidad, con semeja
período de su juventud. Después de
vinieron los préstamos y con ellos el i
posterior arroja tan cruel e irremisible
dor usurero, como lo hacían las leyes
Roma; y en ambos casos esas leyes nac
de derecho consuetudinario, sin más c

Junto a la riqueza en mercancías y e
ro, apareció también la riqueza territo
parcelas del suelo, concedido primitiv
por la tribu, se había consolidado hasta
tenecían como bienes hereditarios. Lo
clamado ante todo era quedar libres de
celas la comunidad gentilicia, derechos
en una traba. Esa traba desapareció, p
bién la nueva propiedad territorial. La
significaba tan solo facultad de poseerlo
sino que también quería decir facultad
mientras el suelo fue propiedad de la ge
suprimió de una manera definitiva las t
prema de la gens y de la tribu, rompió t
lo unía indisolublemente con el suelo. L
dinero descubierto al mismo tiempo qu
tierra. El suelo podía ahora convertirse
vendida o pignorada. Apenas se introdu
se inventó la hipoteca (véase Atenas). As
pisan los talones a la monogamia, de igu
la hipoteca se aferra a los faldones de la
tener la propiedad del suelo completa,
tenéis! «Tú lo quisiste, fraile mostén; tú l

a elevación del cambio entre productores
idad vital de la sociedad. La civilización
visiones del trabajo ya existentes, sobre
la ciudad y el campo (lo cual permite a
: al campo, como en la antigüedad, o al
a ciudad, como en la Edad Media), y aña-
propia de ella y de capital importancia,
de la producción, sino únicamente del
res. Hasta aquí solo la producción había
:ión de clases nuevas; las personas que
directores y ejecutores o en productores
a aparece por primera vez una clase que,
'ción, sabe conquistar su dirección gene-
productores; una clase que se convierte
tre cada dos productores y los explota
ar a los productores de las fatigas y los
da de sus productos hasta los mercados
útil de la población, se forma una cla-
ros gorrones de la sociedad, que como
d muy mezquinos se lleva la nata de la
a rápidamente riquezas enormes y ad-
nada a estas y, por eso mismo, durante
ido una posición más y más honorífica
bre la producción, hasta que acaba por
; comerciales periódicas.
rrollo que estamos analizando, la na-
pechaba aún las grandes cosas a que
izo indispensable, y esto fue suficien-
), la moneda acuñada, nuevo medio
)roductor y a su producción. Se había
que encierra en estado latente todas
e transformarse a voluntad en todas
la poseía era dueño del mundo de la
que todos? El mercader. En sus ma-
guro. El mercader se cuidó de escla-

recer que todas las mercancías, y con ellas todos sus productores, debían prosternarse ante el dinero. Probó de una manera práctica que todas las demás formas de la riqueza no eran sino una quimera frente a esta encarnación de riqueza como tal. De entonces acá, nunca se ha manifestado el poder del dinero con tal brutalidad, con semejante violencia primitiva como en aquel período de su juventud. Después de la compra de mercancías por dinero, vinieron los préstamos y con ellos el interés y la usura. Ninguna legislación posterior arroja tan cruel e irremisiblemente al deudor a los pies del acreedor usurero, como lo hacían las leyes de la antigua Atenas y de la antigua Roma; y en ambos casos esas leyes nacieron espontáneamente, bajo la forma de derecho consuetudinario, sin más compulsión que la económica.

Junto a la riqueza en mercancías y en esclavos, junto a la fortuna en dinero, apareció también la riqueza territorial. El derecho de posesión sobre las parcelas del suelo, concedido primitivamente a los individuos por la gens o por la tribu, se había consolidado hasta el punto de que esas parcelas les pertenecían como bienes hereditarios. Lo que en los últimos tiempos habían reclamado ante todo era quedar libres de los derechos que tenía sobre esas parcelas la comunidad gentilicia, derechos que se habían convertido para ellos en una traba. Esa traba desapareció, pero al poco tiempo desaparecía también la nueva propiedad territorial. La propiedad, plena y libre del suelo no significaba tan solo facultad de poseerlo íntegramente, sin restricción alguna, sino que también quería decir facultad de enajenarlo. Esta facultad no existió mientras el suelo fue propiedad de la gens. Pero cuando el nuevo propietario suprimió de una manera definitiva las trabas impuestas por la propiedad suprema de la gens y de la tribu, rompió también el vínculo que hasta entonces lo unía indisolublemente con el suelo. Lo que esto significaba se lo enseñó el dinero descubierto al mismo tiempo que advenía la propiedad privada de la tierra. El suelo podía ahora convertirse en una mercancía susceptible de ser vendida o pignorada. Apenas se introdujo la propiedad privada de la tierra se inventó la hipoteca (véase Atenas). Así como el heterismo y la prostitución pisan los talones a la monogamia, de igual modo, a partir de este momento, la hipoteca se aferra a los faldones de la propiedad inmueble. ¿No quisisteis tener la propiedad del suelo completa, libre, enajenable? Pues bien, ¡ya la tenéis! «Tú lo quisiste, fraiie mostén; tú lo quisiste, tú te lo ten».

Así, junto a la extensión del comercio, junto al dinero y la usura, junto a la propiedad territorial y la hipoteca progresaron rápidamente la concentración y la centralización de la fortuna en manos de una clase poco numerosa, lo que fue acompañado del empobrecimiento de las masas y del aumento numérico de los pobres. La nueva aristocracia de la riqueza, en todas partes donde no coincidió con la antigua nobleza tribal acabó por arrinconar a esta (en Atenas, en Roma y entre los germanos). Y junto con esa división de los hombres libres en clases con arreglo a sus bienes, se produjo, sobre todo en Grecia, un enorme acrecentamiento del número de esclavos,[2] cuyo trabajo forzado formaba la base de todo el edificio social.

Veamos ahora cuál fue la suerte de la gens en el curso de esta revolución social. Era impotente ante los nuevos elementos que habían crecido sin su concurso. Su primera condición de existencia era que los miembros de una gens o de una tribu estuviesen reunidos en el mismo territorio y habitasen en él exclusivamente. Ese estado de cosas había concluido hacía ya mucho. En todas partes estaban mezcladas gens y tribus; en todas partes esclavos, clientes y extranjeros vivían entre los ciudadanos. La vida sedentaria, alcanzaba solo hacia el fin del estadio medio de la barbarie, veíase alterada con frecuencia por la movilidad y los cambios de residencia debidos al comercio, a los cambios de ocupación y a las enajenaciones de la tierra. Los miembros de las uniones gentilicias no podían reunirse ya para resolver sus propios asuntos comunes; la gens solo se ocupaba de cosas de menor importancia, como las fiestas religiosas, y eso a medias. Junto a las necesidades y los intereses para cuya defensa eran aptas y se habían formado las uniones gentilicias, la revolución en las relaciones económicas y la diferenciación social resultante de esta habían dado origen a nuevas necesidades y nuevos intereses, que no solo eran extraños, sino opuestos en todos los sentidos al antiguo orden gentilicio. Los intereses de los grupos de artesanos nacidos de la división del trabajo, las necesidades particulares de la ciudad opuestas a las del campo, exigían organismos nuevos; pero cada uno de esos grupos se componía de personas pertenecientes a las gens, fratrias y tribus más diversas, y hasta de extranjeros. Esos organismos tenían, pues, que formarse necesariamente fuera del régimen gentilicio, aparte de él y, por tanto, contra él y en cada corporación de gentiles a su vez se dejaba sentir este conflicto de intereses, que alcanzaba su punto culminante en la reunión de pobres y

ricos, de usureros y deudores dentro
A esto añadíase la masa de la nuev
gentilicias; que podía llegar a ser u
Roma y que, al mismo tiempo, era ha
gradualmente en las estirpes y tribus
figuraban frente a esa masa como co
democracia primitiva, espontánea, se
aristocracia. En una palabra, el régir
que no conocía antagonismos interio
ciedad de esta clase. No tenía más me
Pero acababa de surgir una sociedad
nómicas generales de su existencia, h
libres y en esclavos, en explotadores r
dad que no solo no podía conciliar es
trario, se veía obligada a llevarlos a s
este género no podía existir sino en n
de estas clases entre sí o bajo el dor
aparentemente por encima de las clas
abiertos y no permitiera la lucha de cl
bajo la forma llamada legal. El régim
destruido por la división del trabajo
reemplazado por el *Estado*.

* *

Hemos estudiado ya una por una las t
se alza sobre las ruinas de la gens. At
clásica: allí el Estado nació directa y p
mos de clase que se desarrollaban en e
En Roma la sociedad gentilicia se co
medio de una plebe numerosa y man
deberes; la victoria de la plebe destru
e instituyó sobre sus ruinas el Estado,
aristocracia gentilicia y la plebe. Por ú
del imperio romano el Estado surgió d

ercio, junto al dinero y la usura, junto a
progresaron rápidamente la concentra-
en manos de una clase poco numerosa,
ecimiento de las masas y del aumento
istocracia de la riqueza, en todas partes
obleza tribal acabó por arrinconar a esta
manos). Y junto con esa división de los
a sus bienes, se produjo, sobre todo en
del número de esclavos,[2] cuyo trabajo
dificio social.

le la gens en el curso de esta revolución
os elementos que habían crecido sin su
existencia era que los miembros de una
idos en el mismo territorio y habitasen
cosas había concluido hacía ya mucho.
gens y tribus; en todas partes esclavos,
os ciudadanos. La vida sedentaria, al-
medio de la barbarie, veíase alterada
s cambios de residencia debidos al co-
y a las enajenaciones de la tierra. Los
no podían reunirse ya para resolver sus
o se ocupaba de cosas de menor impor-
eso a medias. Junto a las necesidades y
aptas y se habían formado las uniones
ones económicas y la diferenciación so-
origen a nuevas necesidades y nuevos
sino opuestos en todos los sentidos al
s de los grupos de artesanos nacidos de
es particulares de la ciudad opuestas a
uevos; pero cada uno de esos grupos
ntes a las gens, fratrias y tribus más di-
organismos tenían, pues, que formarse
ntilicio, aparte de él y, por tanto, contra
a su vez se dejaba sentir este conflicto
culminante en la reunión de pobres y

ricos, de usureros y deudores dentro de la misma gens y de la misma tribu. A esto añadíase la masa de la nueva población extraña a las asociaciones gentilicias; que podía llegar a ser una fuerza en el país, como sucedió en Roma y que, al mismo tiempo, era harto numerosa para poder ser admitida gradualmente en las estirpes y tribus consanguíneas. Las uniones gentilicias figuraban frente a esa masa como corporaciones cerradas, privilegiadas; la democracia primitiva, espontánea, se había transformado en una detestable aristocracia. En una palabra, el régimen de la gens, fruto de una sociedad que no conocía antagonismos interiores, no era adecuado sino para una sociedad de esta clase. No tenía más medios coercitivos que la opinión pública. Pero acababa de surgir una sociedad que, en virtud de las condiciones económicas generales de su existencia, había tenido que dividirse en hombres libres y en esclavos, en explotadores ricos y en explotados pobres; una sociedad que no solo no podía conciliar estos antagonismos, sino que, por el contrario, se veía obligada a llevarlos a sus límites extremos. Una sociedad de este género no podía existir sino en medio de una lucha abierta e incesante de estas clases entre sí o bajo el dominio de un tercer poder que, puesto aparentemente por encima de las clases en lucha, suprimiera sus conflictos abiertos y no permitiera la lucha de clases más que en el terreno económico, bajo la forma llamada legal. El régimen gentilicio era ya algo caduco. Fue destruido por la división del trabajo, que dividió la sociedad en clases, y reemplazado por el *Estado*.

* * *

Hemos estudiado ya una por una las tres formas principales en que el Estado se alza sobre las ruinas de la gens. Atenas presenta la forma más pura, más clásica: allí el Estado nació directa y preponderantemente de los antagonismos de clase que se desarrollaban en el seno mismo de la sociedad gentilicia. En Roma la sociedad gentilicia se convirtió en una aristocracia cerrada en medio de una plebe numerosa y mantenida aparte, sin derechos, pero con deberes; la victoria de la plebe destruyó la antigua constitución de la gens e instituyó sobre sus ruinas el Estado, donde no tardaron en confundirse la aristocracia gentilicia y la plebe. Por último, entre los germanos vencedores del imperio romano el Estado surgió directamente de la conquista de vastos

territorios extranjeros que el régimen gentilicio era impotente para dominar. Pero como a esa conquista no iba unida una lucha seria con la antigua población, ni una división más progresiva del trabajo; como el grado de desarrollo económico de los vencidos y de los vencedores era casi el mismo, y, por consiguiente, subsistía la antigua base económica de la sociedad, la gens pudo sostenerse a través de largos siglos, bajo una forma modificada, territorial, en la constitución de la marca, y hasta rejuvenecerse durante cierto tiempo, bajo una forma atenuada, en gens nobles y patricias posteriores y hasta en gens campesinas como en Dithmarschen.[3]

Así, pues, el Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es «la realidad de la idea moral», «ni la imagen y la realidad de la razón», como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del «orden». Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado.

Frente a la antigua organización gentilicia, el Estado se caracteriza en primer lugar por la agrupación de sus súbditos *según divisiones territoriales*. Las antiguas asociaciones gentilicias, constituidas y sostenidas por vínculos de sangre, habían llegado a ser, según lo hemos visto, insuficientes en gran parte, porque suponían la unión de los asociados con un territorio determinado, lo cual había dejado de suceder desde largo tiempo atrás. El territorio no se había movido, pero los hombres sí. Se tomó como punto de partida la división territorial, y se dejó a los ciudadanos ejercer sus derechos y sus deberes sociales donde se hubiesen establecido, independientemente de la gens y de la tribu. Esta organización de los súbditos del Estado conforme al territorio es común a todos los Estados. Por eso nos parece natural; pero en anteriores capítulos hemos visto cuán porfiadas y largas luchas fueron menester antes de que en Atenas y en Roma pudiera sustituir a la *antigua* organización gentilicia.

El segundo rasgo característico es l
ya no es el pueblo armado. Esta fuer
desde la división de la sociedad en cla
armada espontánea de la población. I
de la población; los 90 000 ciudadanos
privilegiada, frente a los 365 000 escla
cracia ateniense era una fuerza públic
quienes mantenía sumisos; mas, para t
necesaria también una policía, como he
pública existe en todo Estado; y no está
sino también por aditamentos materi
coercitivas de todo género, que la socie
muy poco importante, o hasta casi nul
han desarrollado los antagonismos de
sucedió en ciertos lugares y épocas en l
se fortalece a medida que los antagonis
Estado y a medida que se hacen más g
colindantes. Y si no, examínese nuestra
clases y la rivalidad en las conquistas har
que amenaza con devorar a la sociedad

Para sostener en pie esa fuerza públ
parte de los ciudadanos del Estado: los *i*
ca tuvo idea de ellos, pero nosotros los
progresos de la civilización, incluso los ir
libra letras sobre el futuro, contrata em
También de esto puede hablarnos, por p

Dueños de la fuerza pública y del d
los funcionarios, como órganos de la soc
encima de esta. El respeto que se tributa
ganos de la constitución gentilicia ya no l
lo; vehículos de un poder que se ha hec
hacerse respetar por medio de las leyes d
zan de una aureola y de una inviolabilida
polizonte del Estado civilizado tiene más
del poder de la sociedad gentilicia reunid

n gentilicio era impotente para dominar.
ida una lucha seria con la antigua pobla-
del trabajo; como el grado de desarrollo
encedores era casi el mismo, y, por con-
económica de la sociedad, la gens pudo
bajo una forma modificada, territorial,
sta rejuvenecerse durante cierto tiempo,
obles y patricias posteriores y hasta en
chen.[3]

ín modo un poder impuesto desde fuera
d de la idea moral», «ni la imagen y la
legel. Es más bien un producto de la so-
sarrollo determinado; es la confesión de
una irremediable contradicción consigo
smos irreconciliables, que es impotente
antagonismos, estas clases con intereses
sí mismas y no consuman a la sociedad
o un poder situado aparentemente por
ortiguar el choque, a mantenerlo en los
do de la sociedad, pero que se pone por
ís y más, es el Estado.

gentilicia, el Estado se caracteriza en
s súbditos *según divisiones territoriales.*
constituidas y sostenidas por vínculos
n lo hemos visto, insuficientes en gran
os asociados con un territorio determi-
desde largo tiempo atrás. El territorio
es sí. Se tomó como punto de partida
ciudadanos ejercer sus derechos y sus
stablecido, independientemente de la
de los súbditos del Estado conforme
ados. Por eso nos parece natural; pero
uán porfiadas y largas luchas fueron
n Roma pudiera sustituir a la *antigua*

El segundo rasgo característico es la institución de una *fuerza pública*, que ya no es el pueblo armado. Esta fuerza pública se hace necesaria porque desde la división de la sociedad en clases, es ya imposible una organización armada espontánea de la población. Los esclavos también formaban parte de la población; los 90 000 ciudadanos de Atenas solo constituían una clase privilegiada, frente a los 365 000 esclavos. El ejército popular de la democracia ateniense era una fuerza pública aristocrática contra los esclavos, a quienes mantenía sumisos; mas, para tener a raya a los ciudadanos, se hizo necesaria también una policía, como hemos dicho anteriormente. Esta fuerza pública existe en todo Estado; y no está formada solo por hombres armados, sino también por aditamentos materiales, las cárceles y las instituciones coercitivas de todo género, que la sociedad gentilicia no conocía. Puede ser muy poco importante, o hasta casi nula, en las sociedades donde aún no se han desarrollado los antagonismos de clase y en territorios lejanos, como sucedió en ciertos lugares y épocas en los Estados Unidos de América. Pero se fortalece a medida que los antagonismos de clase se exacerban dentro del Estado y a medida que se hacen más grandes y más poblados los Estados colindantes. Y si no, examínese nuestra Europa actual, donde la lucha de las clases y la rivalidad en las conquistas han hecho crecer tanto la fuerza pública, que amenaza con devorar a la sociedad entera y aun al Estado mismo.

Para sostener en pie esa fuerza pública, se necesitan contribuciones por parte de los ciudadanos del Estado: los *impuestos*. La sociedad gentilicia nunca tuvo idea de ellos, pero nosotros los conocemos bastante bien. Con los progresos de la civilización, incluso los impuestos llegan a ser poco; el Estado libra letras sobre el futuro, contrata empréstitos, contrae *deudas de Estado*. También de esto puede hablarnos, por propia experiencia, la vieja Europa.

Dueños de la fuerza pública y del derecho de recaudar los impuestos, los funcionarios, como órganos de la sociedad, aparecen ahora situados por encima de esta. El respeto que se tributaba libre y voluntariamente a los órganos de la constitución gentilicia ya no les basta, incluso si pudieran ganarlo; vehículos de un poder que se ha hecho extraño a la sociedad, necesitan hacerse respetar por medio de las leyes de excepción merced a las cuales gozan de una aureola y de una inviolabilidad particulares. El más despreciable polizonte del Estado civilizado tiene más «autoridad» que todos los órganos del poder de la sociedad gentilicia reunidos; pero el príncipe más poderoso,

el más grande hombre público o guerrero de la civilización, puede envidiar al más modesto jefe gentil el respeto espontáneo y universal que se le profesaba. El uno se movía dentro de la sociedad; el otro se ve forzado a pretender representar algo que está fuera y por encima de ella.

Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, el Estado antiguo era, ante todo, el Estado de los esclavistas para tener sometidos a los esclavos; el Estado feudal era el órgano de que se valía la nobleza para tener sujetos a los campesinos siervos, y el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado. Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se halla la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y el estado llano; y en este caso estuvieron el bonapartismo del primer imperio francés, y sobre todo el del segundo, valiéndose de los proletarios contra la clase media, y de esta contra aquellos. La más reciente producción de esta especie, donde opresores y oprimidos aparecen igualmente ridículos, es el nuevo imperio alemán de la nación bismarckiana: aquí se contrapesa a capitalistas y trabajadores unos con otros, y se les extrae el jugo sin distinción en provecho de los junkers[4] prusianos de provincias, venidos a menos.

Además, en la mayor parte de los Estados históricos los derechos concedidos a los ciudadanos se gradúan con arreglo a su fortuna, y con ello se declara expresamente que el Estado es un organismo para proteger a la clase que posee contra la desposeída. Así sucedía ya en Atenas y en Roma, donde la clasificación era por la cuantía de los bienes de fortuna. Lo mismo sucede en el Estado feudal de la Edad Media, donde el poder político se distribuyó según la propiedad territorial. Y así lo observamos en el censo electoral de los Estados representativos modernos. Sin embargo, este reconocimiento político de la diferencia de fortunas no es nada esencial. Por el

contrario, denota un grado inferior en
elevada del Estado, la república dem
sociales modernas se va haciendo una
que es la única forma de Estado bajo l
definitiva entre el proletariado y la bu
ferencias de fortuna. En ella la riqueza
de un modo más seguro. De una parte
de los funcionarios, de lo cual es Améri
bajo la forma de alianza entre el Gobie
con tanta mayor facilidad, cuanto más
van concentrando en sus manos las soci
porte, sino también la producción mis
Fuera de América, la nueva república fr
y la buena vieja Suiza también ha hech
que la república democrática no es imp
entre la Bolsa y el Gobierno, lo prueba, a
rio alemán, donde no puede decirse a qu
universal, si a Bismarck o a Bleichröder.
pera de un modo directo por medio del
oprimida —en nuestro caso el proletaria
ella misma, su mayoría reconoce el orde
ble, y políticamente forma la cola de la
da. Pero a medida que va madurando pa
tituye como un partido independiente, e
los de los capitalistas. El sufragio unive
la madurez de la clase obrera. No puede
Estado actual, pero esto es bastante. El dí
universal marque para los trabajadores
lo mismo que los capitalistas, qué deben

Por tanto, el Estado no ha existido e
que se las arreglaron sin él, que no tuv
ni de su poder. Al llegar a cierta fase de
ligada necesariamente a la división de l
hizo del Estado una necesidad. Ahora nc
fase de desarrollo de la producción en q

ıerrero de la civilización, puede envidiar
o espontáneo y universal que se le profe-
sociedad; el otro se ve forzado a preten-
y por encima de ella.
:esidad de refrenar los antagonismos de
ció en medio del conflicto de esas clases,
la clase más poderosa, de la clase eco-
ayuda de él, se convierte también en la
quiriendo con ello nuevos medios para
ı clase oprimida. Así, el Estado antiguo
clavistas para tener sometidos a los es-
no de que se valía la nobleza para tener
el moderno Estado representativo es el
›ital para explotar el trabajo asalariado.
eríodos en que las clases en lucha están
stado, como mediador aparente, adquie-
ea respecto a una y otra. En este caso se
siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel
tado llano; y en este caso estuvieron el
rancés, y sobre todo el del segundo, va-
ı clase media, y de esta contra aquellos.
ı especie, donde opresores y oprimidos
nuevo imperio alemán de la nación bis-
italistas y trabajadores unos con otros, y
n provecho de los junkers[4] prusianos de

os Estados históricos los derechos con-
an con arreglo a su fortuna, y con ello
ıdo es un organismo para proteger a la
a. Así sucedía ya en Atenas y en Roma,
antía de los bienes de fortuna. Lo mis-
a Edad Media, donde el poder político
:ritorial. Y así lo observamos en el censo
ivos modernos. Sin embargo, este reco-
de fortunas no es nada esencial. Por el

contrario, denota un grado inferior en el desarrollo del Estado. La forma más elevada del Estado, la república democrática, que en nuestras condiciones sociales modernas se va haciendo una necesidad cada vez más ineludible, y que es la única forma de Estado bajo la cual puede darse la batalla última y definitiva entre el proletariado y la burguesía, no reconoce oficialmente diferencias de fortuna. En ella la riqueza ejerce su poder indirectamente, pero de un modo más seguro. De una parte, bajo la forma de corrupción directa de los funcionarios, de lo cual es América un modelo clásico, y, de otra parte, bajo la forma de alianza entre el Gobierno y la Bolsa. Esta alianza se realiza con tanta mayor facilidad, cuanto más crecen las deudas del Estado y más van concentrando en sus manos las sociedades por acciones, no solo el transporte, sino también la producción misma, haciendo de la Bolsa su centro. Fuera de América, la nueva república francesa es un patente ejemplo de ello, y la buena vieja Suiza también ha hecho su aportación en este terreno. Pero que la república democrática no es imprescindible para esa unión fraternal entre la Bolsa y el Gobierno, lo prueba, además de Inglaterra, el nuevo imperio alemán, donde no puede decirse a quién ha elevado más arriba el sufragio universal, si a Bismarck o a Bleichröder. Y, por último, la clase poseedora impera de un modo directo por medio del sufragio universal. Mientras la clase oprimida —en nuestro caso el proletariado— no está madura para libertarse ella misma, su mayoría reconoce el orden social de hoy como el único posible, y políticamente forma la cola de la clase capitalista, su extrema izquierda. Pero a medida que va madurando para emanciparse ella misma, se constituye como un partido independiente, elige sus propios representantes y no los de los capitalistas. El sufragio universal es, de esta suerte, el índice de la madurez de la clase obrera. No puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual, pero esto es bastante. El día en que el termómetro del sufragio universal marque para los trabajadores el punto de ebullición, ellos sabrán, lo mismo que los capitalistas, qué deben hacer.

Por tanto, el Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado ni de su poder. Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad. Ahora nos aproximamos con rapidez a una fase de desarrollo de la producción en que la existencia de estas clases no

solo deja de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo directo para la producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades junto a la rueca y al hacha de bronce.

* * *

Por todo lo que hemos dicho, la civilización es, pues, el estadio de desarrollo de la sociedad en que la división del trabajo, el cambio entre individuos que de ella deriva y la producción mercantil, que abarca a una y otro, alcanzan su pleno desarrollo y ocasionan una revolución en toda la sociedad anterior.

En todos los estadios anteriores de la sociedad, la producción era esencialmente colectiva y el consumo se efectuaba también bajo un régimen de reparto directo de los productos, en el seno de pequeñas o grandes colectividades comunistas. Esa producción colectiva se realizaba dentro de los más estrechos límites, pero llevaba aparejado el dominio de los productores sobre el proceso de la producción y sobre su producto. Sabían qué era del producto: lo consumían, no salía de sus manos. Y mientras la producción se efectuó sobre esta base, no pudo sobreponerse a los productores, ni hacer surgir frente a ellos el espectro de poderes extraños, cual sucede regular e inevitablemente en la civilización.

Pero en este modo de producir se introdujo lentamente la división del trabajo. Minó la comunidad de producción y de apropiación, erigió en regla predominante la apropiación individual, y de ese modo creó el cambio entre individuos (ya examinamos cómo, anteriormente). Poco a poco, la producción mercantil se hizo la forma dominante.

Con la producción mercantil, producción no ya para el consumo personal, sino para el cambio, los productos pasan necesariamente de unas manos a otras. El productor se separa de su producto en el cambio y ya no sabe qué se hace de él. Tan pronto como el dinero, y con él el mercader, interviene como intermediario entre los productores, se complica más el sistema de cambio y se vuelve todavía más incierto el destino final de los productos.

Los mercaderes son muchos y ningu
más. Ahora las mercancías no solo va
en mercado; los productores han deja
total de las condiciones de su propia
llegado a serlo. Los productos y la pro

Pero el azar no es más que uno d
el otro polo de la cual se llama necesi
parece dominar el azar, hace mucho tie
dominio particular la necesidad inma
man en aquel azar. Y lo que es cierto
la sociedad. Cuanto más escapa del co
brepone a él una actividad social, una
abandonada parece esa actividad al pu
inmanentes, de dicho azar, se manifiest
análogas rigen las eventualidades de l
de las mercancías; frente al productor y
factores extraños y desconocidos, cuya
estudiar con suma meticulosidad. Esta
mercantil se modifican según los divers
de producir; pero, en general, todo el
por ellas. Hoy, el producto domina aún
social está aún regulada, no conforme
por leyes ciegas que se imponen con la
término, en las tempestades de las crisis

Hemos visto cómo en un estadio ba
producción, la fuerza de trabajo del ho
trar un producto mucho más cuantios
productores, y cómo este estadio de de
donde nacen la división del trabajo y el
mucho en ser descubierta la gran «verd
de mercancía, de que la fuerza de traba
objeto de cambio y de consumo si se ha
comenzaron los hombres a practicar el c
ron cambiados. La voz activa se convirti
te de la voluntad de los hombres.

Los mercaderes son muchos y ninguno de ellos sabe lo que hacen los demás. Ahora las mercancías no solo van de mano en mano, sino de mercado en mercado; los productores han dejado ya de ser dueños de la producción total de las condiciones de su propia vida, y los comerciantes tampoco han llegado a serlo. Los productos y la producción están entregados al azar.

Pero el azar no es más que uno de los polos de una interdependencia, el otro polo de la cual se llama necesidad. En la naturaleza, donde también parece dominar el azar, hace mucho tiempo que hemos demostrado en cada dominio particular la necesidad inmanente y las leyes internas que se afirman en aquel azar. Y lo que es cierto para la naturaleza, también lo es para la sociedad. Cuanto más escapa del control consciente del hombre y se sobrepone a él una actividad social, una serie de procesos sociales, cuanto más abandonada parece esa actividad al puro azar, tanto más las leyes propias, inmanentes, de dicho azar, se manifiestan como una necesidad natural. Leyes análogas rigen las eventualidades de la producción mercantil y del cambio de las mercancías; frente al productor y al comerciante aislados, surgen como factores extraños y desconocidos, cuya naturaleza es preciso desentrañar y estudiar con suma meticulosidad. Estas leyes económicas de la producción mercantil se modifican según los diversos grados de desarrollo de esta forma de producir; pero, en general, todo el período de la civilización está regido por ellas. Hoy, el producto domina aún al productor; hoy, toda la producción social está aún regulada, no conforme a un plan elaborado en común, sino por leyes ciegas que se imponen con la violencia de los elementos, en último término, en las tempestades de las crisis comerciales periódicas.

Hemos visto cómo en un estadio bastante temprano del desarrollo de la producción, la fuerza de trabajo del hombre llega a ser apta para suministrar un producto mucho más cuantioso de lo que exige el sustento de los productores, y cómo este estadio de desarrollo es, en lo esencial, el mismo donde nacen la división del trabajo y el cambio entre individuos. No tardó mucho en ser descubierta la gran «verdad» de que el hombre podía servir de mercancía, de que la fuerza de trabajo del hombre podía llegar a ser un objeto de cambio y de consumo si se hacía del hombre un esclavo. Apenas comenzaron los hombres a practicar el cambio, cuando ellos mismos se vieron cambiados. La voz activa se convirtió en voz pasiva, independientemente de la voluntad de los hombres.

ıo que se convierte en un obstáculo direc-
lesaparecerán de un modo tan inevitable
desaparición de las clases desaparecerá
edad, reorganizando de un modo nuevo
ı asociación libre de productores iguales,
lo al lugar que entonces le ha de corres-
junto a la rueca y al hacha de bronce.

* * *

ilización es, pues, el estadio de desarrollo
:l trabajo, el cambio entre individuos que
ıntil, que abarca a una y otro, alcanzan su
:volución en toda la sociedad anterior.
de la sociedad, la producción era esen-
e efectuaba también bajo un régimen de
n el seno de pequeñas o grandes colec-
ión colectiva se realizaba dentro de los
aparejado el dominio de los productores
y sobre su producto. Sabían qué era del
sus manos. Y mientras la producción se
ɔbreponerse a los productores, ni hacer
poderes extraños, cual sucede regular e

se introdujo lentamente la división del
lucción y de apropiación, erigió en regla
dual, y de ese modo creó el cambio entre
ınteriormente). Poco a poco, la produc-
inante.
ɔducción no ya para el consumo perso-
ɔs pasan necesariamente de unas manos
producto en el cambio y ya no sabe qué
linero, y con él el mercader, interviene
ıctores, se complica más el sistema de
:ierto el destino final de los productos.

Con la esclavitud, que alcanzó su desarrollo máximo bajo la civilización, realizóse la primera gran escisión de la sociedad en una clase explotadora y una clase explotada. Esta escisión se ha sostenido durante todo el período civilizado. La esclavitud es la primera forma de la explotación, la forma propia del mundo antiguo; le suceden la servidumbre, en la Edad Media, y el trabajo asalariado en los tiempos modernos. Estas son las tres grandes formas del avasallamiento, que caracterizan las tres grandes épocas de la civilización; esta va siempre acompañada de la esclavitud, franca al principio, más o menos disfrazada después.

El estadio de la producción de mercancías, con el que comienza la civilización, se distingue desde el punto de vista económico por la introducción: 1) de la moneda metálica, y con ella del capital en dinero, del interés y de la usura; 2) de los mercaderes, como clase intermediaria entre los productores; 3) de la propiedad privada de la tierra y de la hipoteca; y 4) del trabajo de los esclavos como forma dominante de la producción. La forma de familia que corresponde a la civilización y vence definitivamente con ella es la monogamia, la supremacía del hombre sobre la mujer, y la familia individual como unidad económica de la sociedad. La fuerza cohesiva de la sociedad civilizada la constituye el Estado, que, en todos los períodos típicos, es exclusivamente el Estado de la clase dominante y, en todos los casos, una máquina esencialmente destinada a reprimir a la clase oprimida y explotada. También es característico de la civilización, por una parte, fijar la oposición entre la ciudad y el campo como base de toda la división del trabajo social; y, por otra parte, introducir los testamentos, por medio de los cuales el propietario puede disponer de sus bienes aun después de su muerte. Esta institución, que es un golpe directo a la antigua constitución de la gens, era desconocida en Atenas aun en los tiempos de Solón; se introdujo muy pronto en Roma, pero ignoramos en qué época.[5] En Alemania la implantaron los clérigos para que los cándidos alemanes pudiesen instituir con toda libertad legados a favor de la Iglesia.

Con este régimen como base, la civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia. Pero las ha llevado a cabo poniendo en movimiento los impulsos y pasiones más viles de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones. La codicia más vulgar ha sido la fuerza motriz de la civilización desde sus primeros días hasta hoy;

su único objetivo, su objetivo determin
y siempre la riqueza, pero no la de la sc
individuo. Si a pesar de eso han corres
creciente de la ciencia y reiterados perí
arte, solo ha acontecido así porque sin e
su plenitud, las actuales realizaciones e

Siendo la base de la civilización la
su desarrollo se opera en una constar
la producción es, al mismo tiempo, un
oprimida, es decir, de la inmensa mayc
necesidad un perjuicio para otros; cada
por una clase es un nuevo elemento
más elocuente de esto nos la da la intro
tos conoce hoy el mundo entero. Y si, c
apenas puede establecerse la diferencia
civilización señala entre ellos una dife
vista del hombre menos inteligente, en
derechos a una clase y casi todos los de

Pero eso no debe ser. Lo que es bue
bueno para la sociedad con la cual se id
progresa la civilización, más obligada s
ridad los males que ha engendrado fata
o a negarlos. En una palabra, introduce
conocían las primitivas formas de la soc
la civilización, y que llega a su cima en
clase oprimida es ejercida por la clase
en beneficio de la clase explotada; y si e
se muestra rebelde, esto constituye por
cia sus bienhechores, los miembros de la

Y, para concluir, véase el juicio q
te Morgan: «Desde el advenimiento de
enorme el acrecentamiento de la rique
acrecentamiento, tan extensa su aplicaci
beneficio de los propietarios que esa ri
irreductible opuesta al pueblo. La inteligen

ızó su desarrollo máximo bajo la civilización,
ión de la sociedad en una clase explotadora
:isión se ha sostenido durante todo el perío-
la primera forma de la explotación, la forma
suceden la servidumbre, en la Edad Media,
empos modernos. Estas son las tres grandes
caracterizan las tres grandes épocas de la ci-
ıpañada de la esclavitud, franca al principio,
s.

le mercancías, con el que comienza la civili-
nto de vista económico por la introducción:
ella del capital en dinero, del interés y de la
ıo clase intermediaria entre los productores;
ı tierra y de la hipoteca; y 4) del trabajo de
ıante de la producción. La forma de fami-
ción y vence definitivamente con ella es la
ıombre sobre la mujer, y la familia indivi-
e la sociedad. La fuerza cohesiva de la so-
Estado, que, en todos los períodos típicos,
ı clase dominante y, en todos los casos, una
a a reprimir a la clase oprimida y explota-
la civilización, por una parte, fijar la opo-
ı como base de toda la división del trabajo
ir los testamentos, por medio de los cuales
sus bienes aun después de su muerte. Esta
to a la antigua constitución de la gens, era
tiempos de Solón; se introdujo muy pron-
ıé época.[5] En Alemania la implantaron los
manes pudiesen instituir con toda libertad

ı civilización ha realizado cosas de las que
a antigua sociedad gentilicia. Pero las ha
miento los impulsos y pasiones más viles
jores disposiciones. La codicia más vulgar
zación desde sus primeros días hasta hoy;

su único objetivo, su objetivo determinante es la riqueza; otra vez la riqueza y siempre la riqueza, pero no la de la sociedad, sino la de tal o cual miserable individuo. Si a pesar de eso han correspondido a la civilización el desarrollo creciente de la ciencia y reiterados períodos del más opulento esplendor del arte, solo ha acontecido así porque sin ello hubieran sido imposibles, en toda su plenitud, las actuales realizaciones en la acumulación de riquezas.

Siendo la base de la civilización la explotación de una clase por otra, su desarrollo se opera en una constante contradicción. Cada progreso de la producción es, al mismo tiempo, un retroceso en la situación de la clase oprimida, es decir, de la inmensa mayoría. Cada beneficio para unos es por necesidad un perjuicio para otros; cada grado de emancipación conseguido por una clase es un nuevo elemento de opresión para la otra. La prueba más elocuente de esto nos la da la introducción del maquinismo, cuyos efectos conoce hoy el mundo entero. Y si, como hemos visto, entre los bárbaros apenas puede establecerse la diferencia entre los derechos y los deberes, la civilización señala entre ellos una diferencia y un contraste que saltan a la vista del hombre menos inteligente, en el sentido de que da casi todos los derechos a una clase y casi todos los deberes a la otra.

Pero eso no debe ser. Lo que es bueno para la clase dominante, debe ser bueno para la sociedad con la cual se identifica aquella. Por ello, cuanto más progresa la civilización, más obligada se cree a cubrir con el manto de la caridad los males que ha engendrado fatalmente, a pintarlos de color de rosa o a negarlos. En una palabra, introduce una hipocresía convencional que no conocían las primitivas formas de la sociedad ni aun los primeros grados de la civilización, y que llega a su cima en la declaración: la explotación de la clase oprimida es ejercida por la clase explotadora exclusiva y únicamente en beneficio de la clase explotada; y si esta última no lo reconoce así y hasta se muestra rebelde, esto constituye por su parte la más negra ingratitud hacia sus bienhechores, los miembros de la clase explotadora.

Y, para concluir, véase el juicio que acerca de la civilización[6] emite Morgan: «Desde el advenimiento de la civilización ha llegado a ser tan enorme el acrecentamiento de la riqueza, tan diversas las formas de este acrecentamiento, tan extensa su aplicación y tan hábil su administración en beneficio de los propietarios que esa riqueza *se ha constituido en una fuerza irreductible opuesta al pueblo. La inteligencia humana se ve impotente y descon-*

certada ante su propia creación. Pero, sin embargo, llegará un tiempo en que la razón humana sea suficientemente fuerte para dominar a la riqueza, en que fije las relaciones del Estado con la propiedad que este protege y los límites de los derechos de los propietarios. Los intereses de la sociedad son absolutamente superiores a los intereses individuales, y unos y otros deben concertarse en una relación justa y armónica. La simple caza de la riqueza no es el destino final de la humanidad, a lo menos si el progreso ha de ser la ley del porvenir como lo ha sido la del pasado. El tiempo transcurrido desde el advenimiento de la civilización no es más que una fracción ínfima de la existencia pasada de la humanidad, una fracción ínfima de las épocas por venir. La disolución de la sociedad se yergue amenazadora ante nosotros como el término de una carrera histórica cuya única meta es la riqueza, porque semejante carrera encierra los elementos de su propia ruina. La democracia en la administración, la fraternidad en la sociedad, la igualdad de derechos y la instrucción general, harán vislumbrar la próxima etapa superior de la sociedad, a la cual tienden constantemente la experiencia, la ciencia y el entendimiento. *Será una reviviscencia de la libertad, la igualdad y la fraternidad de las antiguas gens, pero bajo una forma superior*». (Morgan: *La sociedad antigua*, p. 552).

Fuente: C. Marx, F. Engels: «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado», en *Lecturas de pensamiento marxista*, tomo I, Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, Edición Revolucionaria, La Habana, 1971, pp. 453-470.

Ludwig Feue
de la filosofía c

Federic

[...]

[...] La tesis de que todo lo real es
las reglas del método discursivo hege
merece perecer.

Y en esto precisamente estribaba
ter revolucionario de la filosofía hegel
aquí, como remate de todo el movimi
que daba al traste para siempre con
sultados del pensamiento y de la acc
que trataba de conocer la filosofía no
ticas fijas que, una vez encontradas, s
ahora, la verdad residía en el proces
yectoria histórica de la ciencia, que, d
a fases cada vez más altas de conoci
descubrimiento de una llamada verd

* Escrito por F. Engels en 1886. Publicado
Nuevos) y editado en folleto aparte, en S